

RESEÑAS

El valor intelectual de la Independencia

La Independencia: recepción de ideas y construcción de mitos

Lisímaco Parra París

(Editor)

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas, Embajada
de la República Federal de Alemania,
Sociedad Colombiana de Filosofía,
DAAD, Bogotá, 2012, 329 págs., il.

LOS DOSCIENTOS años de la Independencia tuvieron un eco mediático menor en Colombia, como lo indica Lisímaco Parra París en el prólogo de esta publicación. El país, entregado al sinsabor de tierra arrasada que dejó el gobernante de turno, no fue invitado suficientemente a valorar el significado de esta fecha, que más allá de las efemérides pomposas debía servir para instalar un puente comprensivo entre la nación soñada en 1810 y la nación real de 2010.

Uno de los casos de excepción lo constituyó la magnífica exposición *Palabras que nos cambiaron: lenguaje y poder en la Independencia*, curada por Margarita Garrido, directora en esa época de la Biblioteca Luis Ángel Arango, de Bogotá, y que gracias a una estrategia pedagógica muy bien planeada, les permitió devolverse en el tiempo a niños, jóvenes, incluso, a estudiosos del tema, y tener una perspectiva más amplia de lo sucedido en esa primera década del siglo XVIII. La doctora Garrido aclaró que fue a través del lenguaje que en medio de la borrasca de los hechos, los colombianos de la época –los neogranadinos– pudieron elaborar un corpus de ideas para denominar la nueva realidad y la utopía que se inauguraba con ella:

Los términos *derechos, ciudadano, representación, soberanía, libertad, igualdad, república, elecciones, congreso y constitución* se dijeron, se imprimieron y se leyeron en diversos espacios públicos, conformando un repertorio distinto de conceptos y palabras. [...] Con las palabras se hacía la Independencia. Textos e imágenes se produjeron y circularon en espacios públicos como plazas, balcones, púlpitos, calles, chicherías, tiendas, casas y juzgados. ¿Hasta qué punto este len-

guaje contribuyó a una nueva cultura política en nuestros países? ¿Cómo se combinó con la tradición colonial y con las desigualdades social y étnica heredadas? ¿Cómo nos cambió?

A esta última pregunta intenta responder el volumen que a continuación reseñaremos² y que en sus ocho ensayos, desde diferentes perspectivas ideológicas, aborda el peso del cambio histórico que se inició en 1810. Los trabajos pretenden ir más allá de lo fáctico inmediato, de la leyenda y el fasto heroico, para evaluar las causas y los efectos de ese conjunto de revoluciones que como un reloj sincronizado se empezaron a dar desde México hasta Argentina. Por limitaciones de espacio nos centraremos en comentar los tres ensayos más extensos escritos por Óscar Julián Guerrero, Juan Guillermo Gómez y Rafael Rubiano.

En primera instancia, Guerrero se enfoca en uno de los intelectuales más llamativos del periodo independentista: Andrés Bello (Caracas, 1781-Santiago, 1865). En las historias de la literatura latinoamericana al uso, Bello aparece como representante del neoclasicismo y sus *Silvas* constituyen textos canónicos. Pero el escritor venezolano es mucho más que eso. La más reciente biografía de Bello del chileno Iván Jakšić, *Andrés Bello: la pasión por el orden* (2001), nos revelan facetas inéditas de este polígrafo que ayudan a darle una nueva dimensión a su figura y al eco que ha tenido en la tradición intelectual latinoamericana.

Guerrero, quien ya había investigado en 1990 sobre el Bello jurista, traductor y redactor del *Código Civil de la República de Chile* (1855)³, se adentra ahora en el Bello intelectual y realiza un encomiable trabajo de disección y análisis que nos habla muy bien de la oscilante formación del intelectual latinoamericano en el siglo XIX. Vemos a

un Bello supremamente calculador en Londres en 1810 –en compañía de su alumno, el jovencísimo Simón Bolívar, y de Luis López Méndez– tratando de ganar los afectos del imperio británico para enfrentar a una España caótica, invadida por José Bonaparte, que buscaba reorganizar su destino histórico en las Cortes de Cádiz.

La primera imagen de Bello es la de un diplomático y cauto político, quien más que proponer la definitiva separación de España, plantea un nuevo modelo en el que el invasor no quede excluido. El Bello exiliado en Inglaterra tendría que cambiar de puntos de vista con la restauración que inició Fernando VII y el inicio de la reconquista de las colonias en América a cargo del fiero Pablo Morillo. Guerrero, con razón, señala que esa lección si bien no radicalizó a Bello –como en efecto sucedió con Simón Bolívar, quien declaró la guerra a muerte contra España en la *Carta de Jamaica* de 1815–, sí nos da idea de sus habilidades camaleónicas para entender el papel histórico que en las nuevas repúblicas le correspondía a España.

“Una figura de transición entre el nuevo y el antiguo régimen” (pág. 42), es la mejor definición que se puede dar de este Bello, que en adelante cumpliría muy bien el papel del intelectual reformista, capaz de entender la compleja relación cultural, histórica y política entre el antiguo invasor y el recién liberado. Esta actitud atenuada frente a la herencia española en adelante constituirá su línea de trabajo. Lo que le interesaba a Bello no solo era resaltar la novedad histórica de los países que habían surgido con la Independencia a partir de la segunda década del siglo XIX (su *Alocución a la poesía* de 1823 y la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* de 1826, dan cuenta de ello), sino llamar la atención de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra acerca de que una nueva cultura se instauraba en Occidente y que si bien tenía raíces en la España, América era otra cosa.

En ese marco de intereses intelectuales, se entienden los proyectos periodísticos, lingüísticos y culturales de Bello: la publicación con el colombiano Juan García del Río de la *Biblioteca Americana* (1823) y *El repertorio americano* (1826), de la *Gramática para uso de los americanos* (1847) y su llamativo

1. Citado en <http://bit.ly/1vlynVh>

2. El volumen recoge las ponencias presentadas por un conjunto de investigadores en el Tercer Congreso de la Sociedad Colombiana de Filosofía, realizado en octubre de 2010, en Cali.

3. Inmediatamente adoptado en gran parte de los nuevos países que se fundaron tras la Independencia, el *Código Civil* fue, tal vez, el instrumento jurídico más importante de las nacientes burguesías nacionalistas para afianzar su poder político, y daba cuenta de la enorme influencia que el derecho napoleónico adquirió en los territorios recién liberados.

RESEÑAS		
<p>interés filológico en divulgar una versión más completa del <i>Poema del Mío Cid</i>, el canto épico del invasor español. Acierta Guerrero al establecer el valor intelectual de Bello en una sociedad en construcción, que tenía un pie en el pasado y el otro en el futuro:</p> <p>un intelectual que realmente contribuyó al proceso de secularización sin la formulación de la diatriba antiespañola que acompañó la pluma de González Prada o la promoción católica a ultranza del colombiano Caro. [pág. 100]</p> <p>Pero quien no tuvo los escrúpulos calculados de Andrés Bello en contra del peso de la tradición española fue Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), un humilde maestro argentino –como lo informa Juan Guillermo Gómez en el segundo ensayo que comentaremos– y que en 1839 se atrevía a escribir en un periódico de provincias: “Somos la España muerta, el rezago vergonzoso de la esclavitud que hemos vivido 300 años” (pág. 128).</p> <p>Si bien ya en 1837, en Buenos Aires, la Asociación de Mayo (conformada entre otros por Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez y Esteban Echevarría) hacía el llamado a un nuevo inicio de la literatura latinoamericana que desconociera a España⁴, fue Sarmiento quien llevó a un punto radical la iracundia contra el peso español en la cultura americana. Sus varios enfrentamientos con el conservador Andrés Bello dan testimonio de ello. Hay que recordar que Sarmiento propuso la abierta rebeldía contra los mandatos ortográficos de la Real Academia Española de la Lengua: la posibilidad de escribir un español que no siguiera la norma, donde la h desapareciera, la j imperara sobre la g y x, y en que la</p> <p>4. Según nos informa Gómez, Juan María Gutiérrez fue formalmente el primer historiador de la literatura latinoamericana, amén que despreciaba de manera abierta el legado literario español y proponía como ejemplos literarios a Shakespeare, Byron, Dante, Schiller y la literatura francesa “colocada como centinela avanzada del mundo”. Gómez es autor de <i>Crítica e historiografía literaria en Juan María Gutiérrez</i>, Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.</p>	<p>pelea entre s, c y z se zanjara a criterio propio de los escribientes⁵.</p> <p>Gómez logra comunicarnos de viva manera el valor literario de Sarmiento, su aporte como fundador de la literatura latinoamericana (en <i>Recuerdos de provincia</i>, en el reconocido <i>Facundo</i> y en <i>Viajes</i>), pero, sobre todo, consigue darnos testimonio de la calidad de la prosa atrevida del sanjuanino, que inaugura un español escrito que ya anuncia al revolucionario Rubén Darío y los vuelos antihispánicos del modernismo y las vanguardias. Nos queda claro que la verdadera Independencia cultural de España comienza con Sarmiento. Comprendemos, entonces, por qué Borges lo denomina “el hombre sin limitaciones locales”⁶.</p> <p>El tercer ensayo que nos interesa valorar de este volumen es el escrito por el sociólogo Rafael Rubiano sobre la figura del gran historiador argentino José Luis Romero (1909-1977)⁷ y el aporte que este hizo en la comprensión del tipo de revolución que fue la Independencia hispanoamericana. Romero escribió, por encargo de Ángel Rama –director de la reconocida colección Ayacucho de Venezuela–, los volúmenes <i>Pensamiento político de la emancipación</i> (1977) y <i>Pensamiento conservador: 1815-1898</i> (1978) en los que recoge y contextualiza diferentes fuentes primarias en dirección a establecer una mirada crítica de los hechos históricos sucedidos entre 1810 y 1830 en América Latina. Aquí ya no se trata de hacer un elogio conmemorativo de los epónimos héroes que participaron en las gestas revolucionarias de Independencia, sino de reconocer la especificidad de estas sociedades empobrecidas, analfabetas y sojuzgadas que se alzaron en contra del imperio español.</p> <p>Romero –agrega Rubiano– evade cierta forma de análisis positivista basada en la linealidad histórica, según la cual todos los hechos previos al</p> <p>5. García Márquez, en 1997, siguió a Sarmiento en esa propuesta en el polémico discurso que pronunció en el Congreso de la Lengua en Zacatecas: “Botella al mar para el Dios de las palabras”.</p> <p>6. En <i>Obras completas</i>, vol. IV, Barcelona, Emecé, 1996, pág. 123.</p> <p>7. José Luis Romero escribió dos obras memorables, hoy poco citadas (secuela de la vieja “peste del olvido” que vive nuestro continente): <i>La revolución burguesa en el mundo feudal</i> (1967) y <i>Latinoamérica: las ciudades y las ideas</i> (1976).</p>	<p>alzamiento fueron planeados por ideólogos curtidos en el arte de la guerra. Lo que hubo en verdad fue un sinnúmero de circunstancias que facilitaron la definición de objetivos antihispánicos, desde los ya conocidos desacuerdos de los criollos frente al poder virreinal, pasando por la crisis que surgió con la invasión napoleónica a España en 1808. Todas estas actitudes se materializaron en textos que invitaron a la rebelión y la desobediencia –el <i>Manifiesto de Cartagena</i> escrito por Bolívar en 1812, así como la traducción clandestina de los enciclopedistas franceses– y un espíritu de autonomía que arrastró a campesinos y desastrados en busca de una nueva utopía.</p> <p>Esta reinterpretación de fuentes primarias hecha por Romero, su uso en un nuevo “encuadre histórico” y la consolidación en “corrientes de ideas” nos permiten comprender de forma más amplia y menos apasionada lo sucedido en esos decenios prodigiosos. Romero es supremamente crítico con la incapacidad –o más bien el desconocimiento– que enfrentaron las élites criollas para manejar las nuevas circunstancias políticas, que derivaron al final en el enfrentamiento entre posiciones políticas centralistas o federalistas. Bolívar, radical antifederalista hasta el final de su vida, pronosticó los desvaríos que se vendrían en la América hispánica luego de 1830: “si estos países pudieran volver a la anarquía, lo harían”.</p> <p>El libro <i>La Independencia: recepción de ideas y construcción de mitos</i> incluye también interesantes ensayos de los profesores Carlos Rincón (Universidad de Berlín), de Lisímaco Parra París (Universidad Nacional de Colombia) y de Andreas Boeckh (Universidad de Tubinga).</p> <p style="text-align: right;">Carlos Sánchez Lozano</p>